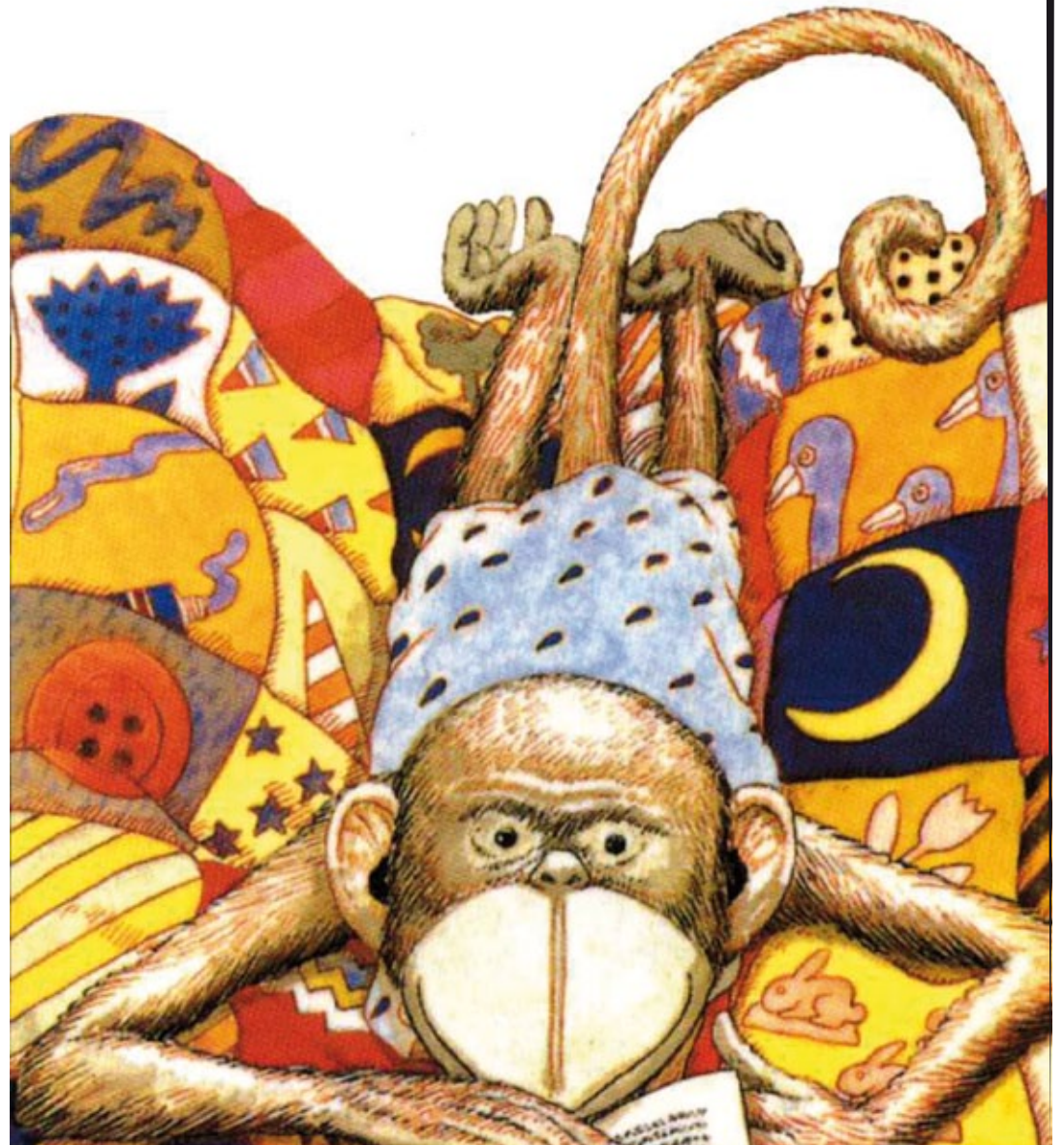


Consuelo Armijo

# El mono imitamonos

Ilustraciones  
de Alfonso Ruano





HABÍA una vez  
un mono  
que se lo pasaba muy bien  
subiéndose a los árboles  
y colgándose de sus ramas.  
Unas veces se colgaba  
con las manos  
y otras con los pies.



Y cuando oscurecía  
y muy bien no se veía,  
el mono parecía  
un pijama puesto a secar.  
Este mono  
era un mono muy imitamonos.

Que un mono se comía un coco,  
pues él se comía otro.  
Que su madre chillaba,  
pues a chillar él también.  
¡Y hay que ver lo bien que  
sonaba!

Un día hizo mucho viento  
y el mono se asomó  
entre las ramas  
para que le diera en la cara.

Luego, se colgó de una de ellas  
y el viento que pasaba  
lo columpiaba.

En esto,  
el mono se puso  
a imitar al viento:  
—¡Uuuuuuuuuuu!  
—decía mientras corría y corría.

—¡Uuuuuuuuuuu!  
—seguía el mono, ya solo,  
cuando el viento, cansado,  
dejó de soplar.

—¡Uuuuuuuuuuu! ¡Uuuuuuuuuuu!—





Y tan bien, tan bien  
le salió,  
que un árbol distraído  
movió las ramas cuando él pasó.

Y corre que corre,  
y corre que te correrás,  
el sitio donde vivía  
pronto dejó atrás.

Y entonces pasó lo peor:  
el mono se perdió.  
No sabía volver otra vez.

Muy preocupado,  
empezó a andar.



Dio muchas vueltas  
y algunas volteretas  
(para distraerse)  
y en esto llegó a una ciudad.  
Y vio a los señores,  
y a las señoras,  
y a las niñas y a los niños,  
que iban andando  
a "dos patas".  
Ante esto, el mono  
olvidó su pesar  
y, loco de contento,  
los empezó a imitar.

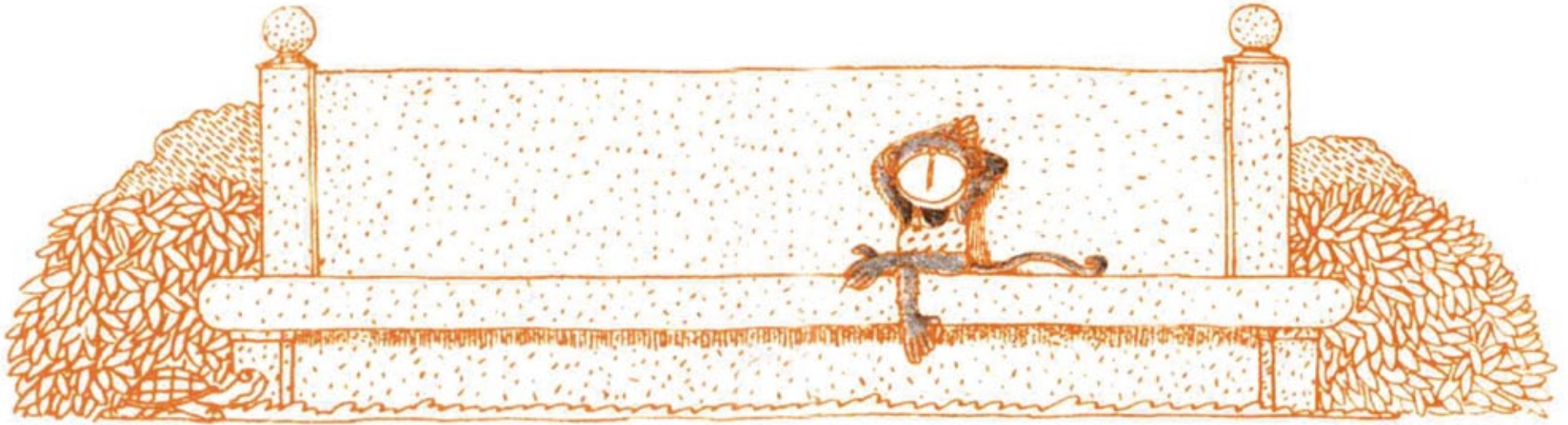


Y tan bien,  
tan bien le salió,  
que una señora despistada  
lo confundió con su prima  
Alejandra.

—¡Hola, Alejandra!  
¡Te encuentro muy guapa!  
—dijo la señora,  
abrazando al mono.

El mono la imitó  
y la abrazó a ella también.  
La señora se fue encantada.

—¡Qué cariñosa se ha vuelto  
Alejandra!—pensaba.



Y andando, andando,  
llegó a un parque.  
El mono entonces  
no se pudo contener,  
y de un salto  
se subió a un árbol.

En el parque  
había un señor calvo  
sentado en un banco.

El mono, al verle,  
bajo del árbol  
y se sentó en otro banco.

Y al poco rato  
pasó por ahí Don Paco,  
que, después de la comida,  
volvía a la oficina.

—¿Eh?

¿Qué estoy viendo?

¿Un mono sentado en un banco?

—dijo todo asustado—.

¡A lo mejor es fiero!

Y Don Paco,  
que era un poco miedica,  
se dio la vuelta  
a toda prisa.

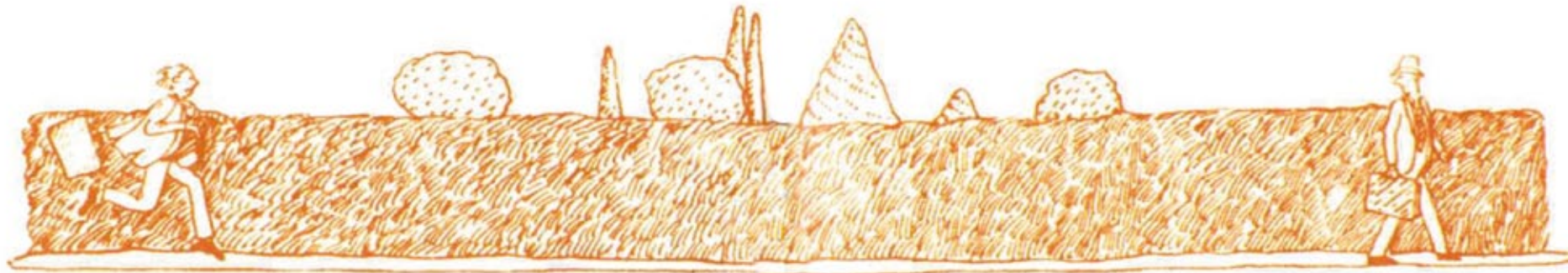
—¡Socorro,  
socorro,  
un mono!  
—gritaba mientras corría.

Y el mono,  
que le vio,  
le imitó y echó a correr  
detrás de él.

Y así dieron muchas vueltas  
por una plazoleta,  
hasta que el mono  
se cansó  
y volvió al banco  
a sentarse otro rato.







Pero Don Paco siguió corriendo durante mucho tiempo, pues tan nervioso estaba que no se dio cuenta de que el mono había vuelto al banco a sentarse otro rato.

Y cuando, por fin, vio que ningún mono le seguía, dejó de correr a toda prisa y se fue despacio a la oficina.

—Eso del mono es muy raro —se decía —.

Ha debido de ser una visión. Cosas de la digestión. ¡No vuelvo a comer perejil con jamón!

Mientras, el mono seguía en el banco, descansando un rato.



Y pasó por allí una vieja  
que todos los días  
se daba una vuelta.

—Buenas tardes  
—dijo la vieja al mono.  
Y el mono la imitó y dijo:  
—Buenas tardes—él también.

Pero no le salió muy bien,  
porque eso de hablar  
es una cosa muy difícil  
para todo animal.

—Debe ser alemán.  
Se le entiende muy mal  
—se dijo la vieja—.  
Pero, ¿qué digo?  
Más bien tiene cara de chino.  
Y, pasito a pasito,  
se alejó despacito.





Entonces  
pasaron por allí  
Tere y Pepito.  
—¡Mira, un mono!  
—dijo Pepito.  
—¡Y es muy mono!  
—dijo Tere.  
—¡Vamos a contárselo  
a los demás!  
—No, mejor será  
que lo convidemos a merendar.  
Tere y Pepito  
se acercaron al mono  
y le dijeron:  
—¡Vente con nosotros!

Lo agarraron  
cada uno de una mano  
y se lo llevaron.  
—¡Mamá,  
traemos un invitado!  
—dijeron al llegar.  
—¡Qué invitado tan raro!  
—se dijo la madre.  
Estaba un poco extrañada  
pero pensó:  
"Tengo que ser hospitalaria."  
Así que  
preparó una buena merienda  
y la puso sobre la mesa.



Tere y Pepito  
empezaron a zampársela.  
El mono los imitó,  
¡y no sabéis cómo le gustó!

Pero esta vez  
no lo hizo muy bien,  
pues untó la mantequilla  
en el mantel.

Luego,  
tiró el azucarero  
y se puso la jarra de sombrero.



Después,  
cogió un paté  
y lo echó en el café.

Luego,  
cogió la mermelada  
y le untó una tostada.

La madre de Tere y Pepito  
estaba pasmada.

Pero Tere y Pepito  
estaban muy divertidos.

Después de merendar  
se pusieron a jugar.  
Y, aunque parezca mentira,  
el mono  
aprendió  
enseguida  
el dominó.

Y también jugó a la oca  
y a la pelota.

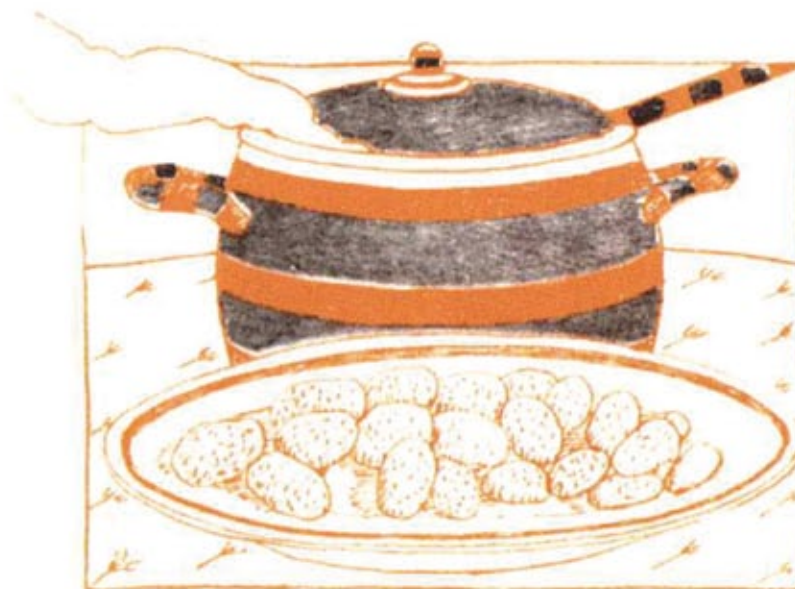
Pero se equivocó,  
y jugó a la pelota con la oca  
y a la oca con el dominó.  
¡Y lo bueno fue que ganó!  
Y lo malo, que,  
al tirar la oca  
creyéndose que era la pelota,  
la rompió.



Pero Tere y Pepito  
lo perdonaron,  
y el mono,  
en agradecimiento,  
dio un salto  
y rompió un tarro.



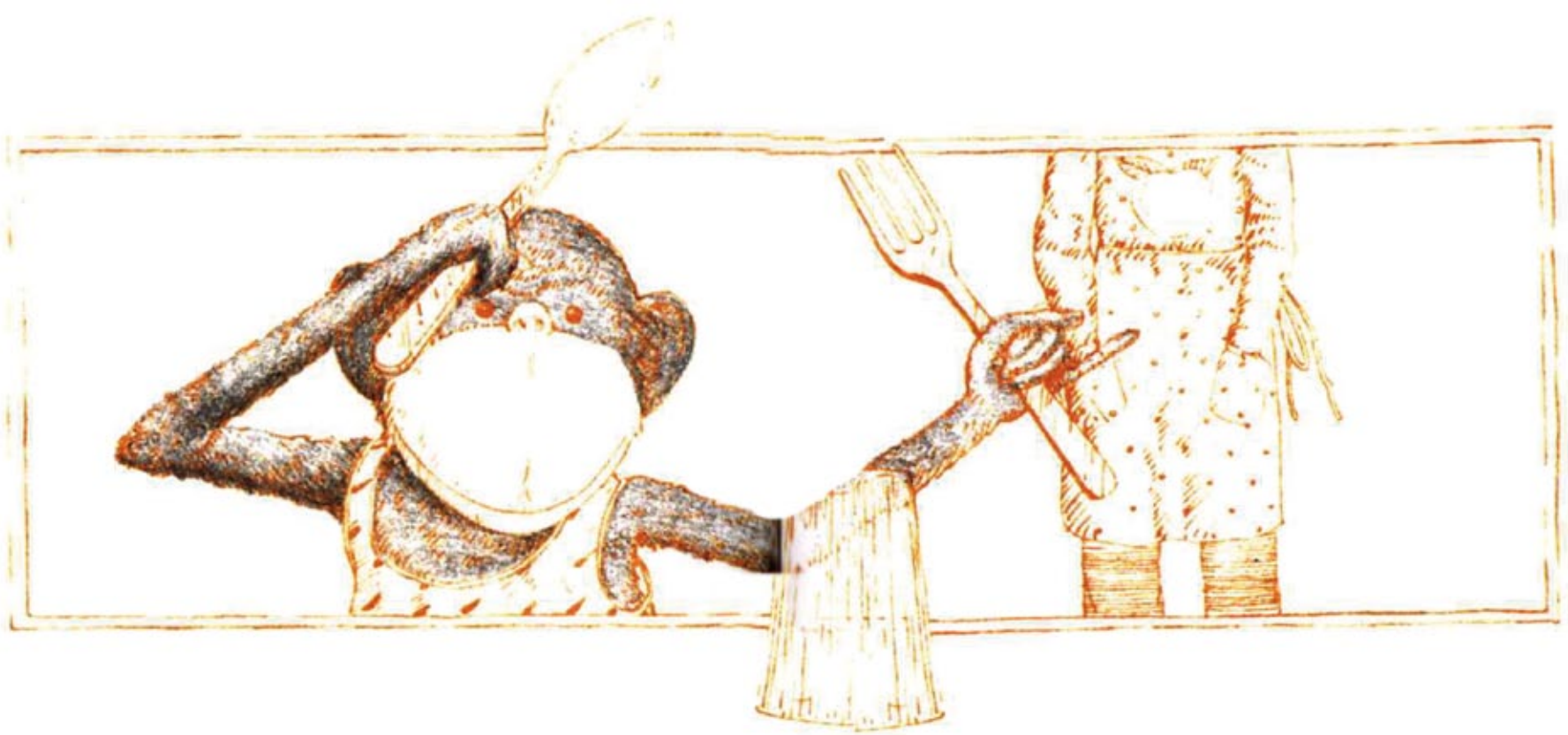
Como el tiempo pasaba  
y el mono no se marchaba:  
—¡Qué le vamos a hacer!  
—dijo la mamá  
de Tere y Pepito—.  
Se quedará a cenar también.  
Así que  
hizo sopa y croquetas  
para tres.



Al mono,  
luego,  
le puso un babero  
y le dijo  
que se lavara las manos  
en el cuarto de baño.  
Pero  
como no le entendió  
muy bien, el mono,  
en vez de las manos,  
se lavó los pies.

Después,  
cogió la cuchara al revés.  
Metía el mango en la sopa,  
luego lo chupaba,  
pero no sacaba nada.





La madre de Tere y Pepito  
que lo vio,  
le enseñó.  
Y el mono aprendió.  
Pero el vaso  
lo puso boca abajo,  
y con el tenedor  
empezó a tocar el tambor.

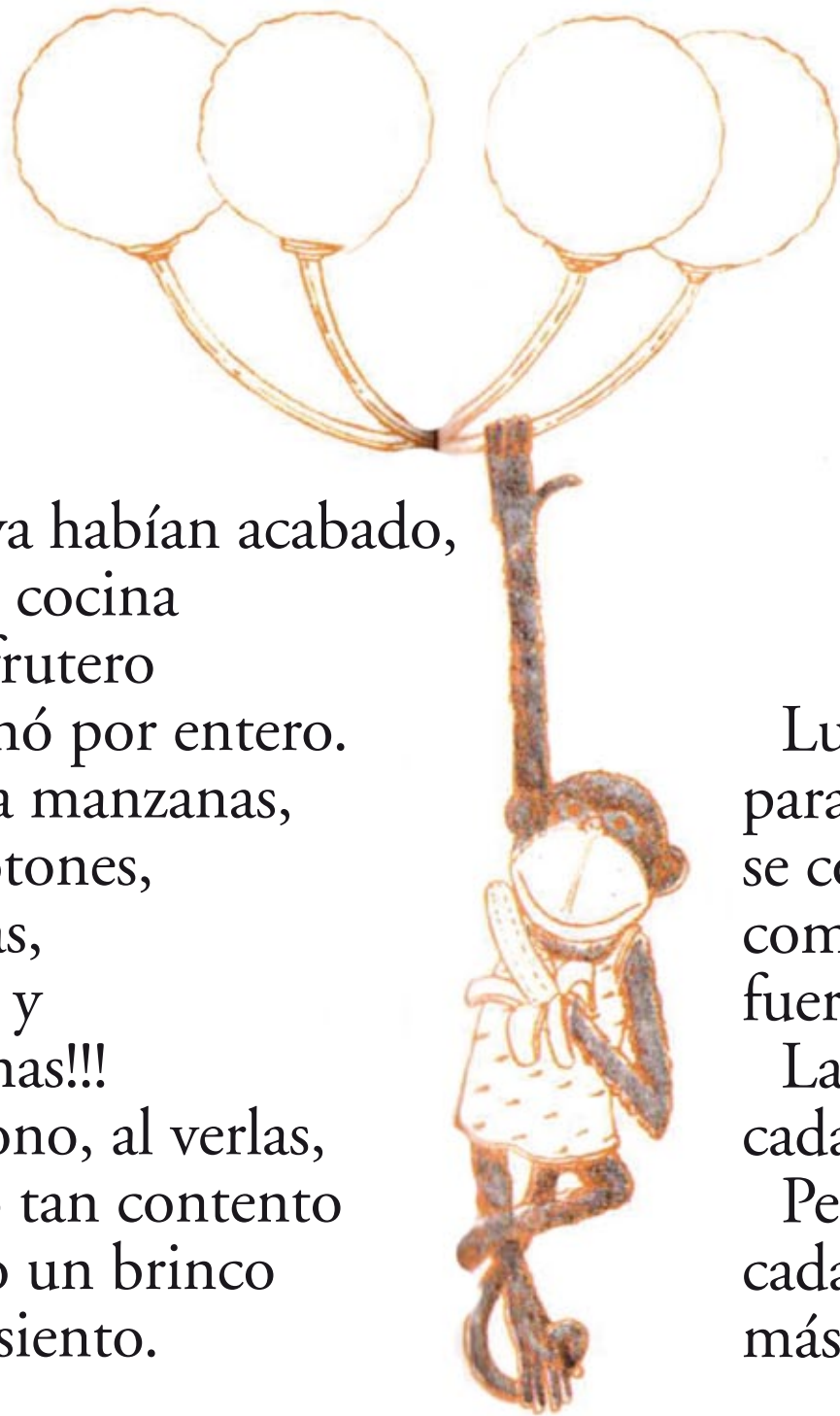
Las croquetas  
las masticó  
con la boca abierta.  
Luego,  
bebió agua  
directamente de la jarra.  
La madre de Tere y Pepito,  
otra vez estaba pasmada.



Mas,  
como ya habían acabado,  
fue a la cocina  
por el frutero  
y lo llenó por entero.

Había manzanas,  
melocotones,  
naranjas,  
peras... y  
¡¡¡bananas!!!

El mono, al verlas,  
se puso tan contento  
que dio un brinco  
en su asiento.



Luego,  
para comerlas más a gusto,  
se colgó de la lámpara  
como si esta  
fuera una rama.

La madre de Tere y Pepito  
cada vez estaba más pasmada.

Pero Tere y Pepito  
cada vez estaban  
más divertidos.

Por fin acabaron de cenar.  
Como el mono no se marchaba,  
la madre de Tere y Pepito  
pensó:

"¡Qué le vamos a hacer!  
Se quedará a dormir también.  
Yo creo que lo adoptaré".

Y es que la madre de Tere y  
Pepito tenía muy buen corazón.  
El mono la abrazó.

Yo creo  
que lo comprendió.

Al mono  
le probaron un pijama.

—Un poco grande  
—dijo la madre—.

Sobre todo de las mangas.  
Pero esta noche valdrá,  
pero antes de acostarse  
tendrá que bañarse.

Abrieron los grifos.

"Clo, clo, clo",  
hacía el agua.

Al mono  
no le gustó nada.

—"¡No me irán a meter ahí!",  
pensaba.



La bañera  
cada vez estaba más llena.  
Y el mono,  
cada vez más asustado.

Por fin,  
la bañera se llenó.  
La madre de Tere y Pepito  
quiso coger al mono,  
pero este se escapó.

Abrió la puerta  
y bajó corriendo  
las escaleras.

Llegó a la calle  
y por ella se paseó,  
jugando a ser un señor.

Pero, como estaba  
muy nervioso,  
le salió muy mal.  
Se notaba mucho  
que era un animal.



Unos chicos lo miraron y:  
—¡Un mono!—gritaron.

Don Paco, que estaba esta vez  
sentado en un café,  
salió a todo correr,  
y tiró su licor  
encima de un señor.

Pero todos los demás  
rodearon al mono  
con gran curiosidad.

Una señora con una boina  
le hizo una fotografía,  
y se alejó muy divertida.

Pero un señor  
con muy mala idea decía  
que se lo iba a llevar  
de regalo a su suegra.

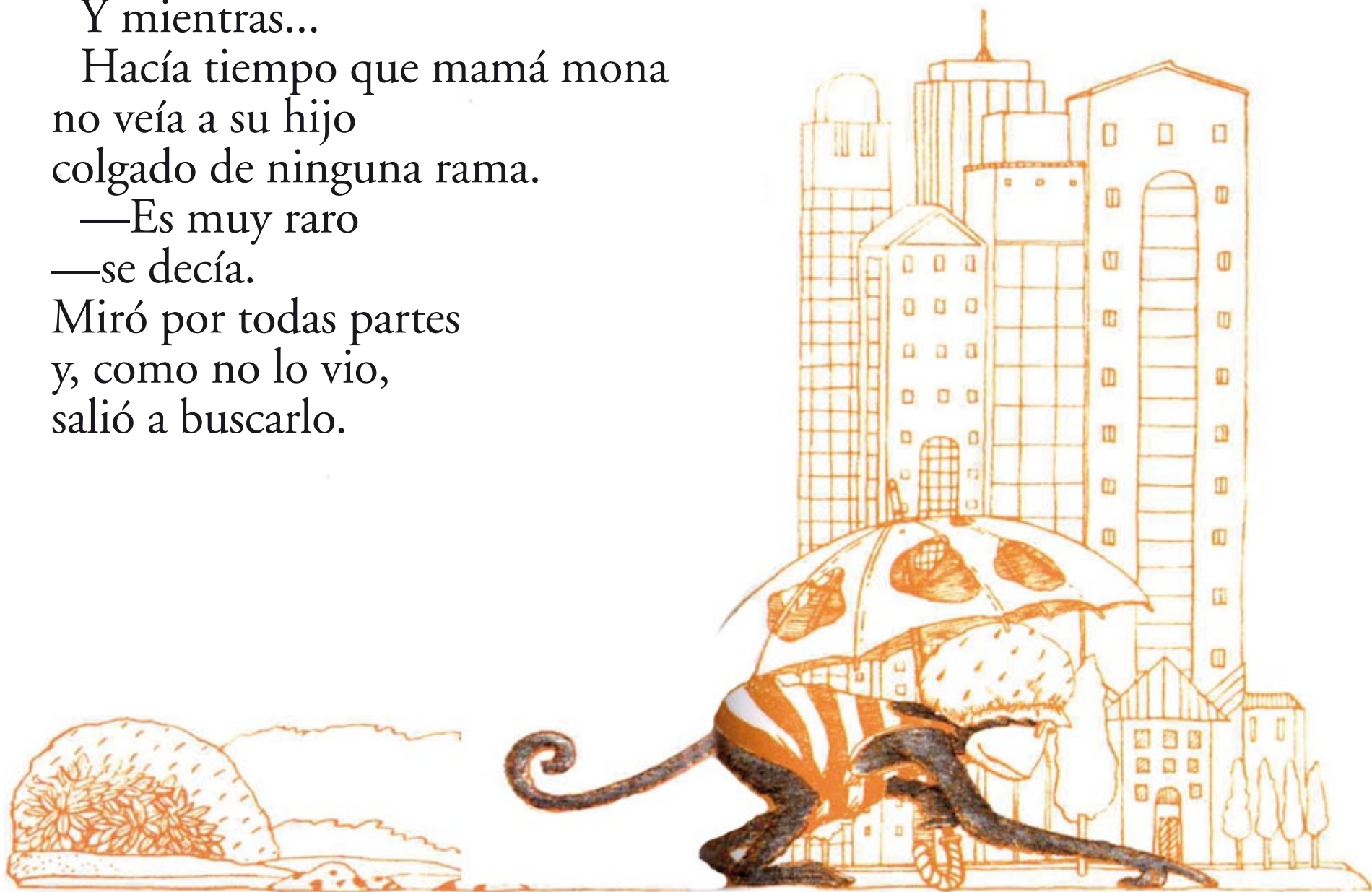
El pobre mono  
lo estaba pasando fatal;  
pero fatal de verdad.



Y mientras...  
Hacía tiempo que mamá mona  
no veía a su hijo  
colgado de ninguna rama.

—Es muy raro  
—se decía.

Miró por todas partes  
y, como no lo vio,  
salió a buscarlo.



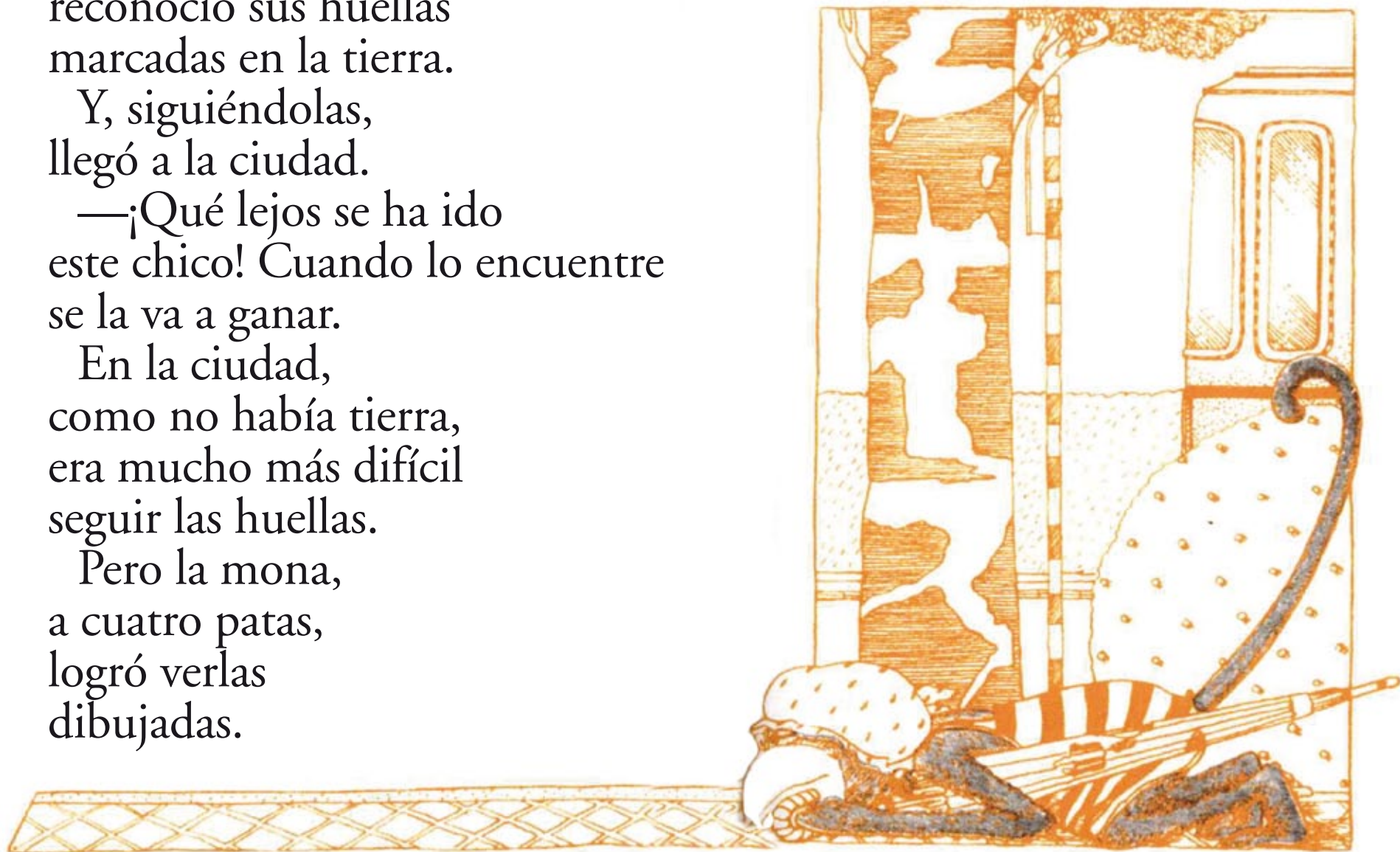
Enseguida  
reconoció sus huellas  
marcadas en la tierra.

Y, siguiéndolas,  
llegó a la ciudad.

—¡Qué lejos se ha ido  
este chico! Cuando lo encuentre  
se la va a ganar.

En la ciudad,  
como no había tierra,  
era mucho más difícil  
seguir las huellas.

Pero la mona,  
a cuatro patas,  
logró verlas  
dibujadas.





El olfato también le ayudó:  
—Por aquí  
ha pasado mi mono,  
por aquí no.  
La gente,  
al verla tan agachada,  
pensaba:  
"¡Qué cosa tan rara!"



La mona llegó al parque,  
y luego a casa  
de Tere y Pepito,  
donde le abrió la madre.

La mona,  
que estaba muy nerviosa, les  
chilló muchísimo  
a los tres.

Revolvió la casa entera  
y lo dejó todo al revés.

—¡Ay, ay, ay!  
—decía la madre,

que todavía  
estaba más pasmada de  
lo que había estado antes.

—¡Ja, ja, ja!  
—reían Tere y Pepito,  
que todavía  
estaban más divertidos.

Por fin,  
la mona se fue  
por donde había venido.

—Aquí no está mi hijo  
—se dijo.



Y oliendo,  
y olfateando y husmeando,  
llegó donde estaba el mono.

¡¡Y la que armó!!

—Íuuuuuuuu—chillaba.

La gente, asustada,  
salió corriendo  
en desbandada,  
y el señor de la mala idea  
se cayó  
y le salió un chichón.

La mona agarró a su hijo  
y se lo llevó  
muy lejos,  
dando brincos y brincos.

—Íuuuuuuuu—chillaba la mona.

—Úiiiiiii—chillaba el mono.



Y así llegaron  
al sitio en donde vivían,  
y el mono  
volvió a colgarse  
de las ramas.  
Unas veces boca abajo  
y otras boca arriba.



El tiempo pasó,  
pero el mono no se olvidó  
de su excursión.

Sobre todo se acordaba  
de Tere y de Pepito,  
de la madre y la casa.

Llegó la primavera  
y salieron muchas flores  
en la pradera.

Y un día,  
el mono hizo  
un ramo muy grande  
para llevárselo a la madre.  
Como había crecido,  
ya podía  
hacer largos recorridos  
sin perderse ni caerse.



Así que, sin novedad,  
llegó a la ciudad.  
El mono iba muy tieso,  
con el ramo contra el pecho.

Como era la hora de la comida,  
por la calle no había nadie.

El mono enseguida encontró la casa  
y vio a Tere y Pepito  
asomados por la ventana.

El mono subió  
la escalera de dos en dos.

Tocó el timbre  
y la madre salió a abrirle.

La señora,  
que tenía muy buen corazón,  
al verlo se emocionó y le dio un beso.  
¡El mono, nunca, nunca, nunca  
olvidó ese momento!

